

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La exhortación misional de San Pablo a los colosenses con aplicación práctica a las misiones latinoamericanas	1
¿Qué diremos a aquellas personas que pretenden tener facultades de obrar milagros, especialmente nuevas revelaciones?	16
Alocución en el acto de clausura del año lectivo 1957 en el Seminario Concordia ..	29
Bosquejos para sermones	33
Bibliografía	46

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 16

Cuarto Trimestre - 1957

Año 4

La exhortación misional de San Pablo a los colosenses con aplicación práctica a las misiones latinoamericanas

La "exhortación misional" de San Pablo a los colosenses, que constituye la base de nuestro estudio, se encuentra casi al final de esta epístola. Así es que resulta necesario bosquejar brevemente el contenido de la carta a los colosenses, para que capturemos todos los matices del texto en cuestión y para que entendamos cómo esta exhortación se compagina con la situación concreta de los lectores. Pablo está preso por causa del Evangelio; el lugar de su encarcelamiento es con toda probabilidad Roma. En sus prisiones está rodeado de un círculo de amigos y ayudantes cristianos, entre ellos Epafras, el fundador de la iglesia en Colosas, una ciudad de Asia Menor. Pablo mismo no había llegado a Colosas y por lo tanto no conocía personalmente a los cristianos residentes allí; pero Epafras le había informado sobre la situación, el progreso y los problemas de los colosenses. Tíquico, fiel consiervo de Pablo en el Señor (4:7), planea un viaje a Colosas, y Pablo envía con él una carta para los cristianos de esa ciudad. Las noticias que Pablo había oído acerca de los problemas de los colosenses, parecen haberle causado gran preocupación: algunas personas se empeñaban en engañar a los colosenses "por medio de su filosofía y vanos engaños, según la tradición de los hombres, según los rudimentos del mundo, y no según Cristo" (2:8). Es muy difícil dilucidar con toda certeza la naturaleza exacta de las herejías y enseñanzas que estaban infiltrándose en la iglesia colosense; sin embargo, probablemente revestían carácter "gnóstico." Por lo visto, ellos no querían borrar del todo el nombre de Cristo, sino que lo querían equiparar a una serie de ángeles o seres mediadores entre Dios y el Mundo; hablaban de "visiones de

ángeles" (2:18), e insistían en un ascetismo riguroso; querían sujetar a los colonenses a una serie de decretos rituales como "No tomes, no gustes, no toques" (2:21); para ellos la verdadera "santidad" consistía en someterse a tales reglamentos. En contra de esas tendencias sincretistas y "gnósticas", Pablo insiste en la supremacía de Cristo, en quien "habita toda la plenitud de la deidad corporalmente" (2:9). Pablo no niega la existencia de poderes angélicos, los cuales él denomina "tronos, soberanías, principados, potestades" (1:16). Pero todos estos están completamente subordinados a Cristo, porque en Él y para Él todos los poderes "angélicos" fueron creados (1:16), y en Cristo, Dios, "despojó a los principados y a las potestades, y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos por medio de él" (2:15). La reconciliación en Cristo se hizo efectiva también entre los colosenses; anteriormente estaban ellos "muertos en sus ofensas" (2:13). Pero ahora, mediante el bautismo y la fe (2:12), ellos han sido vivificados por Dios, por medio de la obra de Cristo, quien por su muerte en la cruz canceló y destruyó el poder de la Ley que por sus decretos obraba contra ellos (2:13-14). Así Dios ha podido perdonarles sus pecados (2:13c); mediante este perdón (que es otro nombre para la justificación por la fe), ellos han sido trasladados al reino del Hijo de su amor (1:13); mediante el perdón de los pecados ellos se han despojado del viejo hombre y se han vestido del nuevo hombre, y por lo tanto pueden servir a Dios y al prójimo en una vida nueva, agradable a Él, que no consiste en un ascetismo legalista, sino en "tierna compasión, benignidad, humildad, mansedumbre y longanimidad" (3:12), sobre todo, en el "amor, que es el vínculo de la perfección" (3:14). Ellos ahora son la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, y están sujetos a su Cabeza en todo. De esta manera Pablo describió la supremacía de Cristo en todo y combate cualquier tendencia que haría de Cristo solamente un poder angélico entre muchos y que por consiguiente transformaría la religión de la "pura gracia" en una religión de las obras, una religión de la Ley. De manera que la carta de San Pablo a los colonenses nos predica el más puro Evangelio, y en ella Pablo sondea las profundidades de la nueva relación entre Dios y la humanidad a través de Cristo.

Después de dirigir varias exhortaciones a los colosenses según su estado de vida - a los esposos, las esposas, los hijos, los padres, los siervos o esclavos y los amos (3:18-4:1) -, Pablo empieza con su "exhortación misional". El primer elemento de esta nueva sección parenética es una exhortación a la oración: "Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias. **te proseuche proskartereite, gregorountes en aute en eucharistia.** **Proseuche** es el término más amplio y general que se usa en el Nuevo Testamento para la oración, y el verbo **proskarterein** significa "continuar en, ser perseverante en." También es posible en varios pasajes del Nuevo Testamento en los que ocurre este verbo, traducirlo con "empeñarse en, aplicarse a," y así lo traduce en este versículo Nacar-Colunga. El mismo verbo se emplea en el conocido pasaje Hechos 2:42: "Y perseveraban (**proskarterountes**) en la enseñanza de los apóstoles..." que en la nueva versión inglesa se traduce por "se aplicaban a la enseñanza". Ambas traducciones dan buen sentido, porque si uno es perseverante en la oración, necesariamente tiene que aplicarse a ella; y si uno se aplica a la oración, es probable (aunque quizá no necesariamente inevitable) que uno persevere en ella. Pablo dirige la misma exhortación a los romanos en 12:12: **te proseuche proskarterountes.** En 1 Tes. 5:17 Pablo exhorta: **proseuchesthe adialeiptos,** "orad sin cesar." Las congregaciones a las que se escribieron las cartas del Nuevo Testamento eran congregaciones militantes, y estaban fuertemente unidas por el lazo de la oración, que a su vez las ponía en contacto con el poder de Dios. Para que ese lazo no se rompa, y para que el poder de Dios no sea cortado, es necesario ser perseverante en la oración. Puesto que nuestra naturaleza humana es débil y perzosa; puesto que cree que la oración no es necesaria, ya que (según alega) Dios es todopoderoso y de todas maneras lo va a disponer todo según su voluntad, los cristianos necesitan esta exhortación. Esta perseverancia en la oración es verdadero trabajo y forma parte de la milicia cristiana (Rom. 15:30: "Os ruego, hermanos, por el Señor nuestro Jesucristo y por el amor del Espíritu, que luchéis juntamente conmigo orando a Dios por mí"); por eso es necesario acabar con la pereza espiritual y ejercitarse en la oración. Esta verdad se pone de manifiesto en la segunda parte del v. 2: "velando

en ella con acción de gracias". Uno no puede estar dormido espiritualmente y orar a la vez; hay que estar despierto, hay que estar alerta cuando se ora. Esta verdad nos recuerda las conocidas palabras del Señor a los discípulos en Getsemaní: "Velad (o permaneced despiertos) y orad, para que no entréis en tentación" (Mat. 26:41). La actitud de la oración es una actitud de eterna vigilancia. "Velar" y "orar" son en realidad dos aspectos de la misma cosa: cuando uno está verdaderamente alerta y "mantiene los ojos abiertos" espiritualmente, esta actitud necesariamente resulta en la oración, porque uno ve los muchos peligros por los cuales estamos rodeados en esta vida, e inmediatamente acude a Dios en oración. Al mismo tiempo, la oración, el contacto del alma cristiana con Dios, el contacto con el agua cristalina de la vida, necesariamente nos abre los ojos, nos pone en estado de alerta, nos hace conscientes de la realidad de la vida. Pero la oración y la actitud de alerta del cristiano siempre van acompañadas por la **eucaristía**, la acción de gracias. Pablo mismo da un ejemplo de esto a través de la carta a los colosenses en 1:3, 12; 2:7; 3:7. Aquí deben notarse en particular Col. 3:17 y Efes. 5:20. Al principio de casi todas sus cartas, Pablo da gracias; y la base de su acción de gracias es la **gracia** de Dios en Cristo Jesús. Esa gracia es una realidad tan ingente en la conciencia del cristiano, que ella no puede dejar de producir la acción de gracias en él. Esta acción de gracias constituye el telón de fondo de cada oración verdaderamente cristiana; porque el único motivo por el cual nos podemos atrever a acercarnos a Dios es su gran amor para con nosotros en Cristo; y expresamos que estamos conscientes de ese amor, dándole gracias por su gracia hacia nosotros. (Véase Fil. 4:6).

Al aplicar estas palabras a nosotros en nuestra situación misional en la América Latina, debemos fijarnos en el hecho de que, según la Escritura, el primer objeto hacia el cual dirigimos nuestra atención al reflexionar sobre la obra misional **no** es una cuestión de táctica, de política sagaz, de métodos humanos, sino que es la oración. La oración se dirige a Dios; y Dios contesta la oración, no con proporcionarnos visiones o sueños, ni en primer lugar haciendo nuestro espíritu más fervoroso, sino dirigiéndonos a la Palabra, que se divide en Ley y Evangelio.

Todo esto quiere decir que la obra misional no es una obra humana, sino una obra divina; es una obra del Cristo glorificado, quien mediante la proclamación del Evangelio atrae a sí a todos los hombres (Juan 12:32). Y para ello, Dios no depende en primer lugar de nuestra sagacidad, de nuestros planes, de nuestra política, de nuestros métodos. Y ahora, procedamos a los hechos: la oración "no es todo," como dicen nuestros amigos evangélicos entusiastas. Para ellos la fe es una obra humana, y no divina; y para ellos la oración es una obra humana mediante la cual podemos hacer "grandes cosas". Pero en realidad no es así. En la religión cristiana, que no es una religión antropocéntrica sino teocéntrica, "todo" es el Evangelio, el medio de gracia **por excelencia**, mediante el cual Dios restablece la comunión entre él mismo y la humanidad perdida en su enajenación de El. Aquí en la religión cristiana es Dios quien lo hace todo; el hombre no hace nada. La oración no es un medio de gracia, sino que es nacida de los medios de gracia. La oración no es una obra humana, sino una obra divina. ¿No dice Pablo que "no sabemos orar como se debe, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles,"? (Rom. 8:26). Y el mismo Dios, quien obra la oración en nosotros, contesta la oración por el mismo medio por el cual El despertó en nosotros la oración, es a saber, por su palabra del Evangelio. Me parece que en nuestra situación en la América Latina, nos hace falta orar. Nuestra tendencia humana es fijarnos demasiado en las dificultades que afrontamos; es ser sobrecogidos por el peso abrumador del trabajo que nos incumbe hacer; es amargarnos por la falta de comprensión, por lo duro del corazón humano (y lo duro de nuestro propio corazón también). Y tal vez por eso las pocas oraciones para las cuales "hallamos el tiempo" (¡como si nosotros dispusiéramos de nuestro propio tiempo!) se caracterizan por un espíritu quejumbroso. Lo que necesitamos para que surja en nosotros la verdadera oración es beber diaria y abundantemente del agua de la vida, el Evangelio de Cristo. Y para que entendamos el Evangelio, necesitamos ponernos bajo la Ley, que me dice que **yo**, en cuanto a mi carne, vivo bajo la maldición, que por consiguiente despierta en mí los **terrores conscientiae** de los que hablan tanto nuestras Confesiones luteranas, y que me hace huir al Evangelio, que

me dice exactamente lo opuesto: que ya no estoy bajo maldición, que ya tengo perdón y vida, y que me otorga perdón y vida en Cristo. De la vida cristiana bajo Ley y Evangelio nace la verdadera oración con acciones de gracias.

La exhortación de Pablo a la oración se hace más específica en el v. 3: **Proseuchómenoi hama kai peri hemon**, "al mismo tiempo orando también por nosotros." Al principio de la carta, Pablo aseguró a los colosenses que él y Timoteo siempre oran por ellos, y ahora les pide que hagan lo mismo por él. Éste es un tema que siempre vuelve en las epístolas; aquí podríamos dar las siguientes citas: Rom. 15:30; 2 Cor. 1:11a; Col. 4:12; 1 Tes. 5:25; 2 Tes. 3:1; Hebr. 13:18. Es característica de todos estos textos la exhortación lacónica de 1 Tes. 5:25 "**Adelphoi, proseúchesthe (kai) peri hemon.**" La Iglesia Cristiana es la comunión de los santos; esta comunión es una verdadera unión de oración (o como se expresa en alemán: **Gebetsgemeinschaft**), en la cual los cristianos interceden los unos por los otros. El objeto de la oración intercesora de los colosenses por Pablo **no** es que él se conserve en buena salud, ni que sea libertado de la prisión, sino que "Dios nos abra una puerta para la palabra." **hina ho theos anoixe hemin thyran tou logou.** Lo único que le importa a Pablo es que la Palabra sea predicada, ya en la prisión, ya fuera de la prisión. Ésto de "abrir una puerta" es una frase un poco estereotipada, que se encuentra varias veces en el N. T. en contextos misionales: en Hechos 14:27 leemos cómo Pablo y Bernabé recontaron a la iglesia de Antioquía "cuántas cosas Dios había hecho con ellos, y cómo había abierto a los gentiles una puerta para la fe". Cuando Pablo escribió la primera carta a los corintios, se encontraba en Efeso; al final de esa carta él comunica a los corintios su deseo de permanecer en Efeso hasta la fiesta de Pentecostés, **thyra gar moi aneogen megale kai energeis**, "porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y los que se oponen son muchos" (16:9). En 2 Cor. 2:12 Pablo escribe: "Llegando a Troas por causa del Evangelio de Cristo, **kai thyras moi aneogmenes en kyrio**, y cuando una puerta me fué abierta en el Señor". Pero claramente se destaca que la frase en estos pasajes significa dos cosas: 1) Dios le da al misionero un campo de acción para predicar la Palabra, o le da la oportunidad de pregonarla; 2)

Dios hace posible que los paganos crean (así en Hech. 14:27). En todos estos textos se hace patente que esta acción no es del hombre, sino de Dios: o se dice expresamente: "Dios abrió la puerta," o se usa un verbo o participio **pasivo** para dar a entender que la puerta **fué abierta**, es decir, naturalmente, por Dios. (En nuestro texto de colosenses, el genitivo después de **thyra: tou logou**, es naturalmente un genitivo del objeto: una puerta **para** la Palabra.) Dos hechos ponen de manifiesto, de una manera incontrovertible, que la obra misionera no es de los hombres, sino de lo alto: 1) los colosenses son exhortados a orar a Dios por Pablo para que él pueda predicar la Palabra; 2) el contenido de la oración ha de ser que Dios mismo **abra** una puerta para la Palabra. Lo que resultará, según la voluntad de Dios, de la acción de abrirse esa puerta, se precisa más exactamente en la siguiente frase de versículo 3, que yo considero como la frase clave de todo nuestro texto: **lalesai to mysteriou tou Christou** "para hablar el misterio de Cristo." Las palabras **Mysterium Christi**, el misterio de Cristo, muy bien podrían constituir el título y el tema de todo el Nuevo Testamento, y aquí, muy brevemente haremos el esfuerzo de bosquejar el rico contenido y significado de esta frase según el N. T., basándonos principalmente en las cartas de Pablo a los corintios (la primera), los efesios y los colosenses. En el conocido pasaje 1 Cor. 2:6-16, Pablo acababa de asegurar a los corintios que él no les había predicado con "palabras plausibles de sabiduría," (2:4), es decir, una sabiduría filosófica que apelara a la razón humana y que fuera aliada a una retórica deslumbrante, tal como los griegos la practicaban; al contrario, él se había propuesto predicar entre ellos únicamente a Jesucristo, y a éste crucificado (2:2), "lo cual constituye para los judíos un tropiezo, y para los gentiles insensatez" (1:23). Sin embargo, continúa Pablo en 2:6, "impartimos sabiduría (**sophía**) entre los de edad, pero sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo que están destinados a desaparecer. Mas impartimos sabiduría de Dios en misterio, **alla laloumen theou sophian en mysterio.**" Algunos exégetas entienden que Pablo se refiere aquí a una etapa más elevada de conocimientos cristianos que se reserva únicamente para los "maduros, los de edad, los **teleioi**", y sugieren que Pablo quizá esté enfocando ciertos

misterios escatológicos. Sin embargo, este pasaje mismo refuta esa exégesis, porque Pablo continúa aseverando: "Ninguno de los príncipes de este siglo comprendió esto; porque si lo hubieran comprendido, no habrían crucificado al Señor de gloria." (2:8) La sabiduría de Dios en misterio, que es el tema de estos vv. 6-16, es claramente el hecho de que Cristo Jesús, crucificado en medio del abandono, la vergüenza y el vilipendio, es la gloria, la sabiduría y la potencia de Dios. Lo que aparentemente fué el fracaso más rotundo que un hombre habría podido sufrir; la muerte por medio de la crucifixión, en realidad se convirtió en la victoria de Dios, pues mediante la muerte de Jesús los pecados del mundo fueron expiados y los enemigos de Dios fueron vencidos. Éste es en breves palabras el **mysterium Christi**. El vocablo **mysterion** es una de las palabras claves de la carta a los colosenses: en 1:25 Pablo les recuerda que él fué hecho ministro de la Iglesia, según la economía (**oikonomían**) divina, "para anunciar en su plenitud el mensaje de Dios, el misterio oculto (**to mysterion to apokekrymmenon**) desde los siglos y generaciones, pero ahora hecho manifiesto (**ephanerother**) a sus santos. A éstos le plugo a Dios darles a conocer (**gnorisaí**) cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, lo cual es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (**gnorisaí ti to ploutos tes doxes tou mysteriou toutou en tois ethnesin, hos estin Christos en hymin, he elpis tes doxes**). Pocos versículos después Pablo les hace saber el cuidado que tiene a favor de ellos, "para que sean reanimados sus corazones... hasta alcanzar todas las riquezas de la comprensión indubitable y el conocimiento del misterio de Dios, que es Cristo (**cis epignosin tou mysteriou tou theou Christou**), en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia." (2:2-3) Según estas palabras, Cristo mismo es el contenido del misterio de Dios: El mismo es el misterio de Dios. De manera que en nuestro texto, 4:3; probablemente hemos de entender que el genitivo **Christou** en la frase, **mysterion Christou**, es un genitivo epexegetico: es decir, el genitivo agrega otra explicación a lo que está contenido en el sustantivo en el caso nominativo o acusativo. **Mysterion Cristou**, el misterio de Cristo, quiere decir: "el misterio, que consiste en Cristo mismo." Según la carta a los efesios, el misterio abarca aún más:

el misterio siempre es Cristo pero también se extiende al "campo de acción" o al "campo de influencia" de Cristo. En breves palabras, el "misterio del Evangelio" (esta es efectivamente la frase que se usa en Efes. 6:19, en un pasaje exactamente paralelo a nuestro texto), del cual habla Pablo en Efesios tres, es que también los gentiles (además de los judíos) son coherederos, miembros de un mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por el Evangelio (3:4-6). En el capítulo uno de la misma carta, S. Pablo habla del "misterio de su voluntad," el cual es su plan de "reunir todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos, como las que están sobre la tierra" (1:9-10). La frase griega que aquí se traduce por "reunir todas las cosas en Cristo" es **anakephalaioasthai ta panta en to Christo**, que literalmente quiere decir: "que todas las cosas tengan su cabeza en Cristo."

Habiendo estudiado algo detalladamente los pasajes claves que utilizan el concepto de "misterio", podemos resumir el resultado en la siguiente forma: 1) Cristo mismo es el misterio de Dios; es un misterio porque el hombre natural no lo puede comprender; y Cristo, el misterio de Dios, es el centro del mensaje del Evangelio (porque, en cierto sentido, Cristo mismo es el Evangelio). 2) Cristo es un misterio porque "todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" están **escondidos** en él" (Col. 2:3). 3) Cristo es un misterio porque El es el Crucificado, en el cual el mundo "natural" e incrédulo puede ver únicamente un tropiezo (escándalo) y un fracaso; pero los que han sido iluminados por el Espíritu de Cristo, quien opera poderosamente en la Palabra del misterio, entienden por la fe que el Cristo crucificado es la potencia y la sabiduría de Dios, porque ellos mismos han encontrado perdón de los pecados y salvación en El. 4) Cristo murió por todos, no solamente por los judíos, de cuya raza El vino según la carne; y el misterio de Cristo incluye también el hecho de que todo el mundo fuera de Israel puede ser coheredero con el Israel creyente en la Iglesia, el cuerpo de Cristo. De manera que el misterio de Cristo contiene en sí el impulso misional de llevar este misterio a todos los que aún están sin El. 5) El misterio de Cristo tiene como meta el futuro mundo de gloria de Dios, cuando El hará nuevos cielos y una nueva tierra, cuando Cristo visiblemente será la Cabeza

de todas las cosas en el universo; y cuando esa consumación de todas las cosas se produzca, entonce se desenvolverá del todo el misterio de Cristo. Y ese desenvolvimiento nos incluirá a nosotros también, porque Cristo es "la esperanza de la gloria" (Col. 1:27), y lo que se espera, aquello no se ve. Pero cuando El aparezca en gloria de modo visible, luego veremos su gloria, y seremos partícipes de ella.

És por causa de este misterio que Pablo está en la prisión, **di ho kai dedemai**, literalmente traducido: "por el cual también estoy atado." Repetidas veces Pablo hace mención de sus prisiones en las cartas a los efesios, colosenses, filipenses y a Filemón, y en la segunda carta a Timoteo. "Acordaos de mis cadenas," escribe a los colosenses en 4:18. El misterio de Cristo es la realidad más ingente que existe; es un misterio que algún día desembocará en la gloria manifestada. Pero como es un misterio repugnante a la "razón" humana, y como Cristo, el centro del misterio, tuvo que sufrir y hasta morir, así también el mensajero del misterio tendrá que esperar oposición, ya latente, ya estallando violentamente. Todo esto nos recuerda la palabra de Pablo a los filipenses: "Porque a vosotros os es concedido por amor de Cristo, no sólo el creer en El, sino también el padecer por El" (1:29). Sin embargo, Pablo no tiene perspectiva pesimista; no se lamenta de las restricciones impuestas a su actividad; no se queja de los sinsabores de la cárcel. Más bien vemos que Pablo, puesto que pide encarecidamente a los colosenses que oren por él para que Dios le abra una puerta para la Palabra, cuenta con la posibilidad, aún la probabilidad, de que podrá continuar dando su testimonio del misterio de Cristo, ya sea en la prisión, ya sea fuera de ella. Vemos que en la carta a los filipenses Pablo festifica que sus prisiones más bien han redundado "en progreso del Evangelio, de modo que se ha hecho manifiesto en toda la guardia pretoriana, y a todos los demás, que mis prisiones son por Cristo" (1:12-13). Si Pablo vislumbra la misma posibilidad aquí en su carta a los colosenses, no lo sabemos. Pero sí podemos estar seguros de que aquí también él podría escribir la misma consigna que escribió más tarde a Timoteo: "Evangelio por el cual sufro trabajos y llevo grillos, a modo de malhechor. Mas la Palabra de Dios no está engrillada."

Pablo ruega a los colosenses que oren por él, para que él "manifieste" el misterio de Cristo "en forma clara, como debo hablar," **hina phaneroso auto hos dei me lalesai**. El venerable exégeta luterano, J. A. Bengel, sugiere que esta cláusula iniciada con **hina** depende gramaticalmente del verbo **dedemai**, lo cual daría el siguiente significado: "Estoy en prisiones con el objeto de manifestar el misterio de Cristo," y agrega Bengel que evidentemente se trata de una paradoja. A pesar de lo que Pablo escribiera a los filipenses respecto al beneficio de sus prisiones, me parece sin embargo difícil que Pablo esté enfocando tal pensamiento aquí. La prueba, a mi juicio, está en la pequeña frase, **hos dei me lalesai**. La construcción gramatical: "misterio por el cual estoy en prisión con el objeto de manifestarlo como me conviene hablar" no me parece dar sentido. Creo que es obvio que la cláusula que empieza con **hina** es paralela a la cláusula anterior: **hina ho theos anoixe ktl.**, "para que Dios nos abra" etc., y que ambas cláusulas dependen del participio **proseuchomenoi**. O también es concebible que **hina phaneroso ktl.** dependa del infinitivo **lalesai**: "para hablar el misterio de Cristo" —y ahora precisándolo— "con el objeto de manifestarlo cómo debo hablar". Creo que no hay que recalcar que las palabras de la traducción latinoamericana "en forma clara" quizá sean redundantes, ya que "manifestar" algo necesariamente implica hacerlo "en forma clara". Aquí debemos notar el pasaje paralelo por excelencia en Efesios 6:18-20, que ya debimos haber citado: "Orad en todo tiempo en el Espíritu, con toda oración y súplica. Para ello, velad con toda perseverancia (**en pase proskarteresei**), haciendo rogativas por todos los santos, y por mí también, para que siempre que hable me sea dado un mensaje, a fin de que con denuedo dé a conocer el misterio del Evangelio (**en parresia gnorisai to mysterion tou euangeliou**), por el cual soy embajador en cadenas; para que en la predicación del mismo, hable con denuedo, como debo hablar (**hina en auto parresiasomai hos dei me lalesai**)." Me parece que el verbo **phaneroso** de nuestro texto no significa "revelar" (en el sentido divino), aunque ese significado quizá se sugiera, porque se usa ese verbo en relación con el concepto de **mysterion**. Mis razones al pensar así son las siguientes: 1) el predicador del Evangelio no **revela** ni **descubre** el **secreto** del

misterio de Cristo; únicamente el Espíritu de Dios hace eso en el fuero interior del oyente del Evangelio; 2) en el texto paralelo de Efes. 6:19 se usa el verbo **gnorizo** ("dar a conocer"), que obviamente es un sinónimo de **phaneróo**; también en Rom. 16:25-26 y en Col. 1:26 se observa el uso de ambos verbos: **phaneróo** y **gnorizo** con casi el mismo significado; 3) en la cuarta edición de su léxico griego alemán del Nuevo Testamento, nuevamente vertido al inglés por los Dres. Arndt y Gingrich, el Dr. Bauer incluye la ocurrencia de **gnorizo** en Col. 4:4 bajo el significado: "dar a conocer oralmente, enseñar." Lo que el texto y los citados pasajes paralelos quieren decir al emplear los vocablos **phaneróo** y **gnorizo** es que anteriormente "el misterio había estado oculto desde los siglos y generaciones" (Col. 1:26, véase también Rom. 16:25-26), "pero ahora hecho hecho manifiesto a sus santos" - **no** en el sentido de que anteriormente el corazón humano no podía entender el misterio debido a su pecado y terquedad, mas **ahora** después de Cristo sí puede entenderlo; sino en el sentido de que **anteriormente** Cristo y su salvación universal eran desconocidos por completo a los gentiles, mas ahora, ya que Cristo ha venido, Él ha dado el encargo de predicar, enseñar y dar a conocer el misterio de Cristo a sus apóstoles, y ellos han cumplido con su encargo, de modo que ahora muchos conocen el misterio de Cristo. Lo que pide Pablo es que él de veras dé a conocer, predique, pregone, explique claramente el misterio de Cristo a muchos, para que el Espíritu de Dios use su palabra para revelar el secreto de Cristo al corazón humano hundido en el pecado. "Como debo hablar, como me conviene hablar" (v. 4b) probablemente debe complementarse con las palabras adicionales del texto paralelo, Efes. 6:19-20: **en parresia... hina en auto parresiasomai hos dei me lalesai**. Para que Pablo dé a conocer el misterio de Cristo en la forma debida, él necesita de **parresia**, denuedo, mejor, "glad fearlessness," confianza gozosa, empuje, arrojo; y suplica a los colonenses que oren para que Dios se la dé.

Estas palabras fueron escritas también para nuestra admonición y enseñanza, y debemos tratar de aplicarlas concretamente a nuestra situación en la zona del Caribe. Dijimos antes que no; hace falta orar. Ahora debemos precisar esa asevera-

ción, diciendo: nos hace falta la oración intercesora, especialmente por el éxito de la obra misional en todo el mundo, particularmente en la América Latina (“orando también por nosotros, para que Dios nos abra...”). Creo que nuestra tendencia es hablar con frecuencia acerca de nuestra intención de orar intercesoramente (“oraré por ti, oraré por la obra en tu lugar,” etc.). Pero sólo Dios y nosotros individualmente sabemos si realmente cumplimos con el buen propósito. Si fuera yo a juzgar a otros según mi práctica, tendría que decir que ninguno de nosotros ora por los otros y por la obra misional como debe orar. Siempre tenemos tanto que hacer: preparar sermones, visitar a enfermos, dar clases, resolver problemas para los fieles, escuchar quejas, allanar dificultades, escribir cartas, llevar libros de contabilidad, hacer mandados, complacer a la esposa y a los hijos, etc, etc. Y el resultado es muchas veces —así me temo— que la oración se limita a las oraciones rutinarias al levantarse, al sentarse a la mesa y al acostarse. Pero la oración es trabajo aún cuando es el trabajo de Dios en nosotros— y requiere tiempo. Lutero solía dedicar dos horas al día a la oración, ¡y sin embargo halló tiempo para escribir miles de obras, reformar la Iglesia, traducir la Biblia, e influir sobre todo el continente de Europa! Pero, claro está, ninguno de nosotros es Lutero, ni la décima parte de Lutero; Dios no nos ha dado tantos dones, pero sí nos ha dado un talento al menos, y requiere que seamos fieles en la administración de ese talento único. Podemos hallar tiempo para la oración si **hacemos** tiempo para ella y si nos concentramos en ella; pero muchas veces nos falta la verdadera voluntad para ello; lamentablemente preferimos escribir cartas y formular nuestros propios planes y proyectos misionales. Me parece que la raíz de nuestro mal está en que tenemos poca fe, y tenemos poca porque probablemente nos exponemos poco a la Palabra del Evangelio. Una de las razones por las cuales no oramos suficientemente por la obra misional es probablemente que en lo profundo de nuestro corazón carnal no creemos que la obra misional sea de Dios, sino de nosotros; y opinamos que depende de nuestra sagacidad y astucia y nuestras energías. Por lo tanto, ¿para qué orar a Dios para que nos abra puertas, cuando nosotros somos los que en realidad las abrimos? Como siempre en la vida cris-

tiana y con respecto a cualquier falta de progreso en la santificación, el remedio está en la contricción —que reconozcamos nuestra falta y nuestra pereza espiritual y que la lamentemos— y en la fe, que acepta el milagro del perdón que Dios siempre nos otorga en Cristo sin ningún mérito en nosotros. Al vivir nosotros diariamente en el camino cristiano de la contricción y la fe, que es el **reditus ad baptismum**, el Espíritu Santo estará activo en nosotros, nos llevará a depositar más y más nuestra confianza en Dios en cuanto a la posibilidad y el éxito de la obra misional, y nos conducirá a orar fervorosamente los unos por los otros en nuestros respectivos campos. Recuerdo que hace ocho años, aquí en la república de Guatemala, un viejo cristiano evangélico con toda su **Schwärmerei** (entusiasmo) y con todos sus errores doctrinales— me manifestó que él apuntaba en su calendario el nombre de cierto lugar (cierto pueblo, cierta aldea o zona) en cada día del mes; de esta manera, cada día pudo acordarse de orar por el éxito del Evangelio en un lugar específico. Creo que nos hace falta en nuestras oraciones detallar datos específicos; quizás uno de los métodos de que se pudiera servir el Espíritu de Dios al adelantarnos en el camino de la santificación sería la elaboración de tal "lista de oración", según la cual oraríamos el día lunes por los cristianos en los lugares remotos p. ej. en Venezuela donde hay obra luterana; el martes por la obra en los lugares remotos y abandonados de San Francisco y La Barra en Guatemala; y así sucesivamente.

La segunda lección que debe imprimirse en nuestro corazón, a base de este texto, es que es **Dios** quien abre las puertas, es **Dios** quien nos ha colocado en nuestro campo de acción, que Dios quiere que hagamos la obra de El en nuestro campo, y que El nos dará las fuerzas para que desempeñemos esa obra. Pero la Palabra tiene que **correr** (2 Tes. 3:10); tenemos que enfocar nuestra vista para que abarque **todos** los lugares de la América Latina. Si estudiamos nuestra situación en la zona del Caribe tenemos que admitir que nuestra obra se limita a relativamente pocos centros en los países donde trabajamos. Pero debemos estar seguros de que Dios nuestro Padre quiere que nuestra obra luterana se ensanche y se extienda en esta área. Y sin embargo, al menos aquí en la América Central, ve-

mos que hay relativamente pocos lugares a donde no hayan penetrado los evangélicos. Pero debido a sus muchos errores, éstos falsifican el Evangelio y en práctica —y a menudo también en teoría— hacen de la “pura gracia” una doctrina de obras; de manera que nuestra influencia bíblica-luterana se necesita en esos lugares. Pero esas oportunidades vienen de Dios, y debemos pedirle fervorosamente todos los días que nos dé esas oportunidades, y una vez abiertas las puertas, que nos dé el empeño, el valor, las energías y la voluntad de entrar a los nuevos campos a través de las puertas abiertas, y sembrar y segar en los campos. Todo esto necesariamente significa que nuestra oración más insistente deberá ser: “que el Señor de la mies envíe obreros a su mies.”

R. Hoferkamp

(Continuará)

Guillermo Still¹, en su artículo EL ESPÍRITU SANTO EN LA PREDICACION², dice en cuanto a Cristo y la Escritura:

“Se proclama a Cristo en su Palabra y por medio de su Palabra. El requisito máximo del predicador, por lo tanto, es esto, que él reconozca que la Biblia es la Palabra de Dios, y que sepa que Cristo, por medio de su Espíritu, hizo escribir “en todas las Escrituras las cosas concernientes a él”. No vale la pena decir que la Biblia “contiene” la Palabra de Dios, si en nuestro entendimiento moderno de esta palabra queremos inferir que ella la contiene *inter alia*. “Toda la Escritura es inspirada divinamente y es útil.”; su verdad, por lo tanto, no es parcial ni intermitente, sino que es completa y permanente.”

(1) Guillermo Still, nativo de Aberdeen, Escocia, abandonó su carrera de músico y maestro de música para entrar en el ministerio. Después de ser pastor ayudante del doctor W. Fitch en Springburnhill Church, Glasgow, ha venido actuando desde 1945 como ministro de Gilconston South Church, Aberdeen.

(2) Artículo publicado en Christianity Today, Vol. 1, Nº 23; septiembre 2, 1957, pág. 9.